



En el capítulo tercero, Markarian da visibilidad al ambiente cultural en el que los militantes estaban inmersos y señala a la sensibilidad y a la emoción como elementos fundamentales para la iniciación política de esta generación. A través de ejemplos tomados de la fotografía, el cine, el canto popular, la danza, y otras experiencias artísticas, la autora analiza la imagen heroica de la militancia y los dos significados de “lo revolucionario” que logró incluir tanto a quienes apoyaban la lucha armada como a quienes no. Con ánimo de romper la memoria hegemónica del militante comprometido, Markarian rescata las voces de otros jóvenes que conformaron su identidad política al margen de los sectores de izquierda y la mística revolucionaria. Tanto el artista y poeta Íbero Gutiérrez, estudiante asesinado en 1972, como la revista contracultural **Los Huevos del Plata**, ilustran casos en los que la vida política y la juventud se conjugaron en experiencias más atentas a la cultura global de masas, a Bob Dylan y a la música beat.

Al concluir, la autora identifica al movimiento del 68 como el terreno en el cual la izquierda uruguaya adquiere rasgos singulares y fundamentales para entender su desarrollo histórico. Si la tendencia es visualizar dicho movimiento como un período de radicalización que impactó en la “izquierda tradicional”, Markarian cuestiona el grado tajante de este corte en el caso de Uruguay. Contrario al paisaje homogéneo que impone el uso de estas categorías, el entendimiento de la “nueva izquierda” uruguaya debe incluir los matices, la coexistencia de diferentes posiciones en relación a la lucha armada, es decir, las zonas “de confluencia y encuentro que caracterizaron la experiencia de los jóvenes iniciados en la militancia en 1968”. Más aún, Markarian sugiere que esa heterogeneidad fue no sólo la que posibilitó un frente de oposición común a la represión de Pacheco en 1968, sino la que permite explicar la fundación del Frente Amplio en 1971.

Cecilia Lacruz
(UDELAR)

A propósito de Carlos Altamirano,
Peronismo y cultura de izquierda, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 270 pp.

En los últimos años el peronismo como tema ha sabido congregarse una abundante literatura posible de ser observada, en un primer momento, en la mesa de cualquier librería. Esta progresiva producción acaso esté motivada por el renova-

do interés que, por ejemplo, existe en el campo académico y que se tradujo en una multiplicación de congresos, conferencias, investigaciones y, finalmente, publicaciones. Pero también por la cantidad innumerable de divulgadores, políticos, periodistas y editores que, desde diversos ambientes e intereses, abonaron a la proliferación de obras que tratan con una cuestión que parece no agotar ni mermar el apetito de una franja insistente de lectores.

En las listas de títulos y autores que circulan hoy día habría que sumar la reedición de un libro, sin duda, ya clásico en la materia como es **Peronismo y cultura de izquierda** de Carlos Altamirano. Publicado originalmente en 2001, su aparición es una nueva oportunidad de acceder a él después de muchos años de ausencia. Este hecho no sólo remedia dicha situación sino también habilita una renovada lectura de un libro que se ha vuelto imprescindible para comprender tanto el peronismo como el devenir de la izquierda argentina en los últimos cincuenta años.

En una primera mirada esta edición no comporta demasiada novedad respecto a su versión original. Esta integrada casi por los mismos capítulos e hilados por una igual preocupación, esto es, la relación tensa y cambiante que sostuvieron el peronismo y la cultura de izquierda durante gran parte del pasado siglo. En el capítulo uno, la batalla por la significación ante la emergencia del peronismo por parte de las distintas fuerzas de izquierda funciona como una idónea presentación del problema general que atraviesa al libro al mismo tiempo que es un notable aporte a una cuestión que en su momento no había sido debidamente indagada.

En el capítulo dos Altamirano amplía este examen pero abordando otras figuras, temas y formaciones de la vida intelectual argentina. La existencia de dos visiones históricas contrapuestas sobre el país a partir de la llegada del peronismo fue un tópico que, una y otra vez, imantó hacia el debate ideológico a diversos escritores, publicaciones y sectores que abarcaba desde un Ezequiel Martínez Estrada o un Carlos Alberto Erro pasando por la revista **Cursos y Conferencias** hasta el por aquel entonces diputado peronista John William Cooke. A diferencia de este capítulo que opera en un tiempo signado por la presencia del movimiento encabezado por Perón, el tercero aborda la querrela que suscitó en el interior de las elites culturales la política represiva llevada adelante por el gobierno de la “Revolución Libertadora”. El caso emblemático de la polémica entre Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges ofició, según el autor, como un oportuno

momento en donde el primero impugnaba, en un doble movimiento, el apoyo que el segundo había prestado a la dictadura y su lugar en el mundo literario argentino.

Los capítulos siguientes tienen como eje común las transformaciones y entrecruzamientos que se produjeron en el interior de la cultura de izquierda durante los años sesenta y setenta. Allí, Altamirano traza un mapa completo de las principales preocupaciones e influencias que circulaban entre las nuevas generaciones provenientes en su mayoría de los sectores medios. Interpretar al peronismo, delimitar el lugar ocupado por la izquierda y un profundo cuestionamiento de su propia pertenencia de clase —alimentadas por las ideas de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui— fueron algunos de los aspectos más salientes de una cultura que comenzaba a evidenciar ciertos cambios cualitativos respecto a décadas anteriores. Todo ello, nos recuerda el autor, en un panorama surcado por la expansión del marxismo, el estructuralismo y el impacto de la revolución cubana. Por último, la incorporación del texto “¿Qué hacer con las masas?” que había aparecido en el volumen **La batalla de las ideas** de Beatriz Sarlo, delimita otro de sus objetivos: comunicar el conjunto de sus reflexiones abordadas desde la historia política e intelectual.

Más allá de la repetición que estos ensayos suponen respecto de su primera versión, la reaparición del libro supone atender a ciertas cuestiones que le otorgan una nueva significación. En efecto, la obra adquiere un renovado sentido y un pleno derecho de publicación gracias al actual contexto político e ideológico argentino. El giro hacia la izquierda que un sector del peronismo supo construir en los últimos años reflató una vieja pero vital pregunta, sobre todo para las distintas tendencias que conforman la izquierda argentina: ¿cuál es hoy la relación y/o el lugar de esta cultura respecto del peronismo? La construcción de un relato nacional-popular que remite a valores anclados en el “setentismo”, una impronta juvenilista, el rescate de la figura de Eva Duarte y la política de derechos humanos constituyen para Altamirano muestras por demás elocuentes de que es el peronismo quien, una vez más, se las ingenia para reabrir un ciclo ideológico y cultural que parecía cerrado a fines de los noventa. Uno de los efectos más notorios de la difusión de estos discursos y prácticas ha sido configurar un “reencantamiento ideológico con la política” y, en un plano más general, un clima de “hiperestesia emotiva” en muchos jóvenes y adultos. Frente a este cuadro, la cultura de izquierda vuelve a estar inmersa en una bús-

queda de toma de posición y definición, obliga a repensar los cimientos donde se fundaron su tradición, valores y visiones de futuro. Es aquí, entonces, que el libro si bien no traza una respuesta a estas cuestiones —lejos es su objetivo—, logra ser un estimulante punto de partida para calibrar mejor aquellos puntos que un presente aparentemente esquivo plantea a esta cultura política.

Ahora bien, lo singular y relevante de considerar su publicación no acaba en estas coordenadas de tipo contextuales. El capítulo dedicado a la trayectoria de Juan Carlos Portantiero manifiesta el continuo interés de Altamirano por explorar nuevas formas de abordar esta antigua preocupación. En consonancia con una renovación y expansión que experimentan los estudios biográficos y la historia social de los intelectuales, este apartado permite observar y comprender de cerca las preocupaciones, amistades intelectuales y actividades que este reconocido intelectual de la “nueva izquierda” desplegó en distintos momentos de su itinerario, ya sea en las filas del Partido Comunista en su juventud o en su trabajo como sociólogo universitario durante los años setenta. No obstante, lo trascendente de esta aproximación radica en otro aspecto, además del aporte innegable que refiere el conocimiento de una figura como Portantiero. La reconstrucción de su trayectoria funciona como un más que pertinente acceso al mundo cultural y político de la izquierda en el cual estuvo inserto y desde el cual enunció y tomó posición sobre diversos temas. Así, el seguimiento de sus rasgos biográficos e ideas se imbrican en una historia social y cultural que permiten distinguir su singularidad dentro del panorama de la cultura de izquierda, sin por ello obviar aquellos aspectos que compartió con otros intelectuales de izquierda. La lucha interna frente a la política cultural del Partido Comunista, su ruptura y posterior participación en el grupo **Pasado y Presente**, junto a su desempeño en el convulsionado departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de los años setenta, son todos instantes, quizás los más sobresalientes, de un camino intelectual que, en la mirada de Altamirano, se desdobra hasta iluminar las tensiones, debates y sensibilidades que coloreaban dichos ambientes.

A pesar de lo que puede sugerir una rápida lectura de su índice, **Peronismo y cultura de izquierda** no ha perdido ni un gramo de actualidad y densidad sobre los temas y problemas que delinearon históricamente el escenario ideológico, cultural e intelectual argentino. El status de “clásico” y su distinción dentro del

panorama editorial actual acaso logre explicarse por esa viva capacidad que todavía conserva para plantear preguntas, sugerir exploraciones, señalar certezas —muchas— pero sobre todo estimular la indagación de una relación que, se avizora, lejos esta de agotarse.

Martín Ribadero
(UBA-CONICET)

*A propósito de Karin Grammatico, **Mujeres Montoneras, una historia de la Agrupación Evita 1973-1974**, Buenos Aires, Luxemburg, 2011, 129 pp.*

La creación de un espacio específico para las mujeres en el peronismo data de 1949 cuando Eva Perón fundó el Partido Peronista Femenino; hacia 1954 ese espacio se convirtió en la denominada Rama Femenina, que junto a la Rama Masculina y la Rama Sindical conformaban las tres secciones del movimiento peronista. Este entramado organizativo recobró vida a principios de los años setenta, y en circunstancias vinculadas al retorno de su prolongado exilio, Juan Perón pidió a su entonces esposa que retomara aquel legado, que reorganizara la Rama Femenina. Acompañada por José López Rega, fue recibida por las hermanas de Eva Duarte, por Héctor Cámpora, Juan Ignacio Rucci y Rodolfo Galimberti. En su discurso clamaba por la unidad, apelando para ello a la figura de Eva, pero las luchas intestinas estaban esperando su oportunidad para desnudarse. Para 1973 la agrupación Montoneros anunció que dejaba a un lado la vía armada, y en su lugar se dispuso a desarrollar una serie de “frentes políticos de masas” como una forma de luchar a la vez por el legado histórico y por espacios de poder concretos, razón por la cual pronto entraron en abierta disputa con la “ortodoxia” peronista.

Mujeres Montoneras reconstruye la historia, breve pero intensamente representativa, de uno de esos frentes de masas: la Agrupación Evita. Creada en el convulsionado mes de septiembre de 1973, su itinerario nos permite asomarnos a la profundidad de las luchas internas del movimiento peronista setentista; a los conflictos táctico-estratégicos de Montoneros; y a un momento en el que la figura femenina cuestionó crecientemente el lugar de subordinación que ocupaba, tanto en esferas domésticas como en la escena política. Grammatico identifica agudamente que, junto a los conflictos con el isabelismo, la derecha peronista, con las fuerzas armadas, etc., hubo otra zona de problemas menos evidentes, ligados a la experiencia mili-

tante y femenina, que con sus sutilezas y profundidades conforman su objeto de investigación. Para abordar dicho objeto se sirve de una diversidad de fuentes que incluyen los testimonios personales, y también de herramientas metodológicas de la historia reciente, en diálogo con aquellas propias de los estudios de género. Puede que debido a esto, además de estar sólidamente argumentado, el libro atienda a una dimensión tan frecuentemente obturada en la investigación histórica como la emotiva. Al indagar en cómo vivieron esas mujeres la creación de la agrupación, se abren problemas que quien reduce la existencia de la Agrupación Evita a la campaña de repatriación del cadáver de Eva no puede siquiera plantearse.

En su exploración la autora se acerca a la lógica de los actores y se encuentra, por ejemplo, con que las mujeres montoneras vivieron la creación de un espacio específicamente femenino como una forma de aislamiento, de despromoción, una suerte de castigo que las alejaba de los espacios de poder. Con que, si bien eran rechazadas por la Rama Femenina de Isabel Perón, paradójicamente compartían con esas otras militantes peronistas una concepción de la mujer como sujeto político a partir de su condición de madres y esposas. Pues también las aguerridas mujeres montoneras hacían política a través de su condición de madre-esposa, aún cuando sus compañeros montoneros negaban en su discurso la diferencia entre varones y mujeres en tanto que sostenían que la única división existente era entre explotadores y explotados (no obstante lo cual los lugares de conducción política persistieron masculinos). Y se encuentra, por último, con que luego de un primer momento de resistencias e incomodidades, la militancia femenina en barrios y villas se tradujo en una serie de programas y actividades en las que se conformó una experiencia colectiva significativa. El capítulo “Los trabajos y los días” relata la manera en que la militancia de base las enfrentó al entrecruzamiento entre lo público y lo privado, “lo personal es político,” consigna del movimiento feminista de la época, fue vivido en carne propia. Esos trabajos, truncados por la violencia y la represión de los años posteriores, dejaron huellas en las experiencias vitales que Grammatico recupera con sensibilidad e inteligencia, pues su uso de la dimensión emotiva en el análisis no busca conmovir sino comprender una época, un problema, una forma de vincularse con la política, una generación, un género y un desenlace trágico.

Laura Prado Acosta
(UNQ-CONICET)